

¿Nueva etapa del cine en Cuba; de cine cubano?

Desde hace cerca de cuarenta años se produce aquí, cada ocho o diez años, un fenómeno, promovido por no sabemos qué factores, como determinado por una especie de destino cronológico y exacto. Se empieza a hablar de las inmanentes posibilidades cinematográficas cubanas, de nuestro clima, de nuestra tierra, de nuestra economía, de nuestra gente y, por tanto, de la inminencia de un florecimiento o reflorecimiento, según algunos, de la industria y el arte del film en la gran Antilla, objeto de hiperbólico piropo del Descubridor y de cada uno de los redescubridores de entonces a hoy.

Y en cada una de esas ocasiones se han hecho algunas películas más o menos inadmisibles, se ha ganado o perdido dinero, no pocas veces lo primero, pero lo que parecía segura producción de película en forma orgánica, continuada, sostenida, con un programa anual de realización, ha quedado en proyecto, en esperanza tan remota, o acaso más aún que en los días de 1912-1913, cuando Enrique Díaz Quesada, unido a los empresarios cubanos Santos y Artigas, hizo *Manuel García*.

Después de ese esfuerzo ingente, promisorio acaso en mayor modo que casi todo lo hecho posteriormente, si exceptuamos la coproducción cubana-mexicana representada por Octavio Gómez Castro, vía fecunda, que Manuel Barbachano Ponce ha proyectado tomar también por su cuenta, vino la BBP de Cuba, en 1927-1931, y luego surgió, en 1937-1938, Películas Cubanas S. A., el único empeño cinematográfico que debe considerarse como la firma productora criolla que ha desarrollado durante tres años, poco más o menos, un programa continuado, regular. Se ha de sumar a ello un número casi incalculable de acometidas con dos o tres películas, o acaso algo más, en varios años, incluido el intento de Jaimanitas en sus

etapas primeras, que en nada han contribuido a la anhelada creación de una industria y un arte cinematográficos cubanos.

En 1919-1920, puede que un poco antes, ya hubo una primera cinta de elementos productores norteamericanos entusiasmados con la *más hermosa*. De ello quedó el recuerdo de algunas testas descalabradas y no pocas costillas tundidas entre los soldados cubanos, nuevos centauros en unas descomunales cargas al machete por la Playa del Chivo y la hirsuta manigua aledaña, más una deslumbrante estrella bruna, con ojos verdes y fatales como una copa de ajeno y una inquieta cinturita de avispa que alborotó a los muchachos de la Acera del Louvre desde los principiantes diecisiete y dieciocho a los acabantes de setenta y cinco y ochenta, y, ¡al fin!, una película idiota de la que nadie se acuerda.

¿Cuántos intentos semejantes hemos visto? No podemos contarlos, pero en los últimos diez años, y sin tener en cuenta *El viejo y el mar* y aquello de tiburonicidas de Isla de Pinos, dos directores de crédito internacional han naufragado en los remolinos y rápidos traidores de las aguas procelosas de la cinematografía insular: John Houston, con la evocación de la lucha contra Machado, y Lazslo Benedeck, con *El árbol de la fiebre*, capaz de darle calenturas enloquecedoras a los criollos y hasta a los extranjeros de meninges poco resistentes. Y no se ha de olvidar la cómica mascarada de Errol Flynn, con tesoros escondidos en cañones seculares; la jovencita honesta convertida en fullera para salvar a la hermana sicópata; y zambullida final del villano, desde el Morro a las ávidas fauces de los tiburones de nuestra bahía.

Por otra parte, un grupo de entusiasta gente cubana del cine, el teatro y la televisión ha realizado un film, *De espaldas*, dado a conocer sólo en prueba privada, merecedor de atención y aprecio por sus elementos de cubanía expresados en forma incuestionablemente cinematográfica. Mas por el contenido y su impostación estética no es ni una obra de ficción, ni un ensayo formal, ni una realización comercial, ni un film de arte. Y resulta así una cinta con virtudes relevantes y, al propio tiempo, en tal modo errónea que sus realizadores y productores no han podido marcarla.

¿Qué sino pesa sobre la posibilidad de una industria cinematográfica, cubana o lo que sea, en esta tierra nuestra, cantada a todo pecho por extranjeros y nativos desde el Gran Almirante lírico y aterrillado al más reciente y anónimo de los visitantes; y por los siboneyes edénicos, y Plácido y Heredia y el Cucalambé y los decimistas?; y hay su diferencia, conste, de ayer y de hoy.

No ignoramos que en el cine lo económico juega un papel esencial, factor de sobra conocido, bien se lo pudiera dudar por lo mucho que ahueca la voz alguna gente al postularlo como una verdad inédita. De ahí que entendamos como básico el problema de la distribución, con todos sus requerimientos, sin atender al cual no hay película que llegue al público por mucho que valga. Y ese problema es particularmente grave para la producción cubana con carácter industrial, porque el mercado local no puede cubrir el costo ni siquiera aproximadamente. Pero la cuestión esencial en el caso nuestro es el tema, el asunto, unido a la realización, a la forma fílmica. O sea: contenido con rango humano, sea en el género que fuere; más continente o forma cinematográfica digna integrada por lo visual y lo sonoro, o en sus diversos renglones. Es decir, el mal del cine en todas partes, sólo que agudizado en nuestro caso como suele ocurrir en el trópico, sobre todo en esta ínsula nuestra.

La cuestión es tan sencilla y tan compleja, tan fácil y tan grave como eso. Y decimos así, porque eso lo entiende y lo dice y la ha hecho mucha gente desde hace años. Pero el caso se repite una y otra vez. Y se habla de hacer películas respetuosas de lo cubano; o internacionales por el alcance del asunto y contenido, pero con algo de nuestro acento; o enteramente ajenas a nosotros, cintas de calidad como las hechas en cualquier sitio, que nos daría prestigio como centro productor. Con ello se nos devolvería lo que podemos llamar superabilidad espiritual, nuestra contribución financiera y el aporte imponderable del paisaje y la luz, la música, la singularidad de nuestra gente. Pero hasta ahora jamás ha resultado así.

¿Acaso le demandamos a una película hecha aquí, con tema, asunto y personajes nuestros, o bien con carácter universal y ajena al lugar de origen, valores humanos específicos

y estéticos difíciles de lograr? ¿Pretendemos obras maestras? NO, decididamente. Queremos sólo cintas discretas, con un mínimo de rango humano y artístico, posible dentro de las circunstancias reales de nuestro país y del cine entre nosotros. Lo mismo que le demandamos al teatro. Una visión realista, genuina, con lo que podemos dar una nueva etapa de cine en Cuba, de cine cubano.

Tomado de "Tablas y Pantalla", en *El Mundo*, 7 de septiembre de 1958.